
V - ENTREVISTAS

Participación Política, Ciudadanía y Enseñanza

Entrevista al *Dr. Waldo Ansaldi*

Entrevista:

Mariano Campilia – Desirée Toibero - UNC

Waldo Ansaldi es Doctor en Historia por la Universidad Nacional de Córdoba. Docente e investigador en Sociología Histórica de América Latina. Profesor en el Doctorado en Historia de la Universidad de La Plata y en el Doctorado en Ciencias Sociales de la UBA, y en la Maestría en Investigación en Historia Contemporánea (Inst. Universitario del Centro Latinoamericano de Economía Humana, Montevideo, Uruguay) y en la Maestría en Ciencias Sociales (Universidad Nacional del Litoral).

Como investigador autónomo se inició en historia económica y social, deslizándose luego hacia la historia social y política. Hoy trabaja fundamentalmente en sociología histórica, más exactamente en un cruce o hibridación de disciplinas: sociología, historia, ciencia política. Sus investigaciones tratan de explicar e interpretar: la tensión entre dictadura y democracia en sociedades latinoamericanas, los mecanismos de la dominación política y social oligárquica en América Latina, el sistema de partidos políticos en el Brasil republicano (1889-1989) y en Argentina (1880-2005) y nación, ciudadanía y derechos humanos en los países del Mercosur.

Ha participado en más de ochenta congresos o seminarios

académicos, en América Latina, España, Italia y Suecia. Tiene publicados setenta artículos científicos (en revistas y en libros) en América Latina y España, amén de unos treinta de menor entidad. Es autor-compilador de ocho libros, destacándose *La ética de la democracia*, dedicado a los derechos humanos como límites a la arbitrariedad del poder (1986), *Estado y sociedad en el pensamiento nacional*, con José Luis Moreno (1989, 2ª ed., 1996), *Conflictos obrero-rurales pampeanos, 1900-1937* (1993, 3 ts.), *Argentina en la paz de dos guerras, 1914-1945* (1993), *Representaciones inconclusas. Las clases, los actores y los discursos de la memoria, 1912-1946* (1995), los dos, con Alfredo Pucciarelli y José Villarruel), *Una industrialización fallida: Córdoba, 1880-1914* (2000). Actualmente está por presentar su último libro en coordinación con Verónica Giordano *América Latina. Tiempos de violencias* (Ariel, Buenos Aires, 2014), en el que reúne trabajos resultantes del proyecto de investigación sobre las condiciones socio históricas de la violencia en América Latina durante la segunda mitad del siglo XX.

Es Director de la Unidad de Docencia e Investigación Socio históricas de América Latina (UDISHAL), una estructura informal de formación de latinoamericanistas que funciona dentro de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires (incluye producción de materiales de estudio, microprogramas radiales y textos electrónicos).

Entrevista

En la ciudad de Córdoba durante los días 5, 6 y 7 de Junio del corriente año, en el marco del dictado de un curso de posgrado hemos contado con la presencia del Doctor Waldo Ansaldi. En el ámbito académico abordó cuestiones centrales referidas a las problemáticas políticas contemporáneas. A pesar de contar con una ajustada agenda, nos

concedió un espacio distendido para concretar la entrevista que compartimos a continuación.

D.T.: Para usted como profesor de grado, posgrado y particularmente de esta Especialización en la Enseñanza de las Ciencias Sociales. ¿Cuáles son sus intencionalidades, como sujeto político en relación al dictado de este curso? ¿Por qué aborda las problemáticas de ciudadanía, política y Estado que se desarrolla en este seminario?

W.A.: ¿La intencionalidad mía o de los que invitan?

D.T.: No; la suya, suya.

W.A.: Intencionalidad ninguna, pero si aprovechar la circunstancia y la temática para llamar la atención sobre un conjunto de problemas que hacen a la vida política cotidiana y a la responsabilidad que tenemos en buena medida como formadores de opinión, los docentes somos eso, lo asumamos o no: formadores de opinión. Llamar la atención sobre algunas cuestiones claves de la vida política es una ocasión que nadie debería desaprovechar.

Tener participación política es un campo bastante amplio, a veces se piensa que la participación política solo se hace a través de la militancia, en una organización partidaria, un partido. Y no es así. Por suerte la Política es mucho más amplia y nos compromete a todos en mayor o en menor medida. Que lo asumamos o no es otra cuestión. Y es esto que nos lleva a recordar las palabras de Pablo Iglesias “la política la hace la gente, nosotros; sino la hacen otros y si la hacen otros los resultados son conocidos”.

M.C: En este caso particular, al dictar un curso en relación a la

enseñanza de las ciencias sociales, todos los que están ahí tienen una mirada sobre la enseñanza. Por lo cual sería importante interrogarnos sobre ¿Cuáles son las proyecciones de lo que se discute en el curso?

W.A.: Si, yo creo que eso hay que hacerlo consciente, porque no siempre se lo tiene en ese plano. Todos tenemos alguna forma de participación política, sobre todo si tenemos actividad docente. Todo aquel docente que dice “en esta escuela no entra la política” o miente descaradamente o tiene una ignorancia supina que lo hace inútil como docente. La política tiene que entrar en la escuela, lo que no tiene que entrar es la política partidaria. Pero la política si, porque es el pensar los problemas de la vida cotidiana, si no entra hay dictadura. O hay indiferencia frente a los problemas de la sociedad.

Esto que pasó semanas atrás de los linchamientos en algunas ciudades. Me consta que la reacción que han tenido chicos de la escuela secundaria de Buenos Aires, ha sido la de pensar que estaba bien que se linchara a quienes habían delinquido o sospechaban que podían delinquir. Cuando eso se ha vuelto casi sentido común, cuando hay una percepción de la vida cotidiana como esta; quiere decir que la escuela tiene una falla fenomenal porque no puede neutralizar como se ha propuesto la eficacia de los medios de comunicación, es decir, si la política no entra en la escuela esa es una de las consecuencias.

D.T.: Centrándonos en la relación Historia-Política: Si partimos de la afirmación de que la historia es siempre historia contemporánea. ¿Cuál sería el vínculo entre historia y política?

W.A.: Si la historia es una sucesión de acontecimientos y de

procesos como devenir, está claro que en ella la política es un componente fundamental. La política es el espacio en que los hombres y mujeres deciden las condiciones en que se vive. Si, en cambio, por historia y yo prefiero decir historiografía se hace referencia a la disciplina que estudia esos procesos ahí la vinculación con la política es un poco más complicada. En general, quien quiera que haga estudios historiográficos; estudios sobre procesos históricos, cualquiera sea la perspectiva disciplinaria desde que la aborda, lo hace desde una posición política. La haga explícita o no es otra cosa. Que tome distancia de sus propias posiciones es otra cosa. Pero a mí me preocupa más que eso, cuando no se hace explícito desde donde se habla.

También, me preocupa, que se reduzcan los procesos históricos a meros acontecimientos políticos dominados por hombres, ahora han sido incorporadas también las mujeres, según el momento histórico. Pero siempre, mirado en una clave de intervenciones individuales donde las razones que explican esos comportamientos nunca aparecen. Por eso hay relatos más o menos interesantes, más o menos bien escritos, pero no hay respuestas sobre porque ocurrieron las cosas que ocurrieron y eso se nota en esta situación actual, donde hay en efecto una revitalización de los estudios sobre procesos históricos. Particularmente las producciones argentinas, desde diferentes perspectivas, que en realidad es una querrela de muchos años, se discute sobre grandes hombres. Algunos los valoran de una manera, otros de otra ,pero ninguno nos explica ,el por qué se produjeron los procesos a los cuales esos hombres estuvieron vinculados. Como si la historia la hicieran los grandes hombres y no los colectivos

sociales.

Y la otra cuestión es, qué uso político se hace del pasado; eso lo pueden hacer tanto historiadores, aficionados y políticos. En algunos países más en otros menos. Un caso paradigmático en la que los políticos usan políticamente el pasado es Uruguay. En Argentina eso está menos presente entre los políticos. En cambio entre historiadores, o pseudo-historiadores, esto puede aparecer con más frecuencia. Lo cierto es que, esto del uso político del pasado es una cuestión que muchas veces complica la posibilidad de transmitir explicaciones más complejas y convincentes de porque se produjeron determinados procesos. De hecho, hay una gran tensión de procesos históricos que se redefinen periódicamente en función de las demandas del presente que pueden ser incentivadas por el gobierno de turno o por demandas de la sociedad.

D.T.: En el caso argentino el uso político del pasado es casi fundante de la Nación, desde Mitre en adelante; con cierta persistencia encontramos que desde el proyecto político oficial, en los últimos años, se ha elaborado un discurso re significando categorías del pasado como oligarquía, popular, nacionalismo, dictadura. ¿Cómo interpreta este uso? ¿Es un modo de conocimiento histórico?

W.A.: Que está asociado sí, que es conocimiento histórico no. Y depende, no hay una respuesta válida para todos, pero no solo en Mitre, todas las historiografías del siglo XIX se construyeron con un objetivo muy claro de darle legitimidad de origen a los estados nacionales que estaban en construcción. Eso significa inventar una tradición, diría Hobsbwan. Mitre fue un gran inventor, inventó una tradición que

correspondía a las líneas políticas dominantes que definieron la orientación del proceso de organización nacional. Si uno piensa en una visión alternativa como la de Vicente López, pero no es la que triunfo. Sin embargo, en cierto punto tampoco era tan distante, solo que el énfasis estaba en los procesos de reconstrucción historiográficos. En ese sentido Mitre se aproximaba mas a los historiadores que hacen del documento casi el fetiche explicativo de su trabajo; mientras que López se permitía ciertas libertades. Pero a partir de ahí efectivamente, se da la construcción de los grandes héroes nacionales.

M.C.: Pensando la enseñanza a partir de Mitre, se va a configurar una forma de enseñanza de la historia que va a durar mucho tiempo. Hay cuestiones de discusión en la academia que en la práctica docente no se ven presentes ya que de alguna manera siguen re -significando esa historia del mitrismo.

W.A.: Si, claro y frente a ello ¿que hubo? La reacción más fuerte fue la del llamado primer Revisionismo de los hermanos Irazusta hasta Pepe Rosa, de los 30 a los 70 del siglo pasado. Que en el fondo era lo mismo, solo que cambiaron el juicio de valor sobre los personajes. Pero unos y otros fueron incapaces de dar respuestas convincentes acerca de por qué ocurrieron las cosas que ocurrieron. Y el periodo de auge de la nueva historiografía, sobre todo de la historia social, fue breve y no alcanzo a torcer el rumbo que se había marcado. En eso las dictaduras contribuyeron, de hecho destruyeron toda perspectiva de análisis crítico de procesos históricos y ahora este reverdecimiento de lo que algunos llaman neo-revisionismo es una continuación de lo que ya conocemos, cambiando el

juicio de valor, o la atención sobre alguna figura. Así uno los lee y se encuentra finalmente con una cuota de insatisfacción elevadísima; o bien, juicios de valor, claramente anacrónicos. Por ejemplo, la condena al liberalismo del siglo XIX, el liberalismo como filosofía política, no al liberalismo económico. En el siglo XIX, antes de la aparición del anarquismo, del socialismo, ¿sino se era liberal que se era? La opción era: la teoría política vaticana o alguna de las vertientes del pensamiento conservador; eso era estar en contra de la secularización de los bienes de la Iglesia. ¿O en contra de las libertades individuales? ¿Contra el Habeas Corpus? Digo, ahí hay una confusión fenomenal. Entonces hay una crítica antiliberal que no da cuenta desde el presente lo que implicaba el liberalismo como filosofía política en ese contexto. La crítica al liberalismo económico es otra cuestión. Pero como no se distingue eso, hay situaciones que terminan haciendo aun más complicada la perspectiva política; ahí sí que hay un uso político del pasado, es una falacia.

M.C.: En ese sentido a partir de la re significación de los sentidos. Al nombrar América Latina, estamos refiriendo a la configuración de una unidad. En los últimos años, encontramos propuestas unificadoras desde los Gobiernos de la región, en busca de la Patria Grande. Sin embargo cabe preguntarnos sobre el sustento que estas propuestas encuentran en la sociedad civil. Entonces ¿Cuáles serían los espacios desde dónde advertir la unidad en la diversidad cultural histórica de la región?

W.A.: Desde la heterogeneidad. Es la única manera. Es cierto que, y yo soy un entusiasta de la idea utópica de la unidad latinoamericana, de la

patria grande o como se la quiera llamar. Pero hay que pensarla desde la diversidad. Por eso cuando alguien dice “pensemos en la nación latinoamericana” yo contra replico “pensemos en una América Latina multinacional y multiétnica” Porque América Latina como nación podría haber sido un invento factible en el siglo XIX, hoy cuando hay nacionalidades más o menos definidas, no necesariamente consolidadas, imposible pensar en una única nación. Admitamos que hay una pluralidad de naciones, una pluralidad étnica y entonces pensemos América Latina como una heterogeneidad de distinta índole que tiene elementos de convergencia que priman o deberían primar sobre los elementos de divergencia.

Hoy la unidad latinoamericana es más difícil que en la primera parte del siglo XIX. Justamente porque están consolidadas las estructuras nacionales. Pero por otro lado cuando uno revisa los proyectos nacionales, los proyectos en serio, no las grandes declamaciones: Proyectos como el de Juan Bautista Alberdi en 1844, el de Francisco de Bilbao en 1860, aparecen cosas que están hoy en el tapete de la idea de unidad latinoamericana. Bilbao proyectaba un banco Latinoamericano y acá estamos tratando de hacer del Banco del Sur con las dificultades que tienen, que nunca se termina de concretar. Uno lo lee a Bilbao y si no sabe que es un autor del siglo XIX, diría este está escribiendo hoy.

M.C.: Esa integración si es solo discursiva y de voluntad de los gobiernos ¿no cree usted que choca en la realidad con muestras de miradas de xenofobia presentes en los sectores populares?

W.A.: Ahí hay algo interesante. Yo soy alguien que va a la cancha de futbol y los estadios son el mejor observatorio de expresiones de xenofobia en relación a los países hermanos. Si hay que pensar la unidad desde este punto estamos fregados (sic) y es ahí donde viene el problema. Hasta ahora este proceso está pensado, como un proyecto llevado adelante por los gobiernos que tienen simpatía entre sí, pero que a menudo baja desde arriba. Si no va desde abajo hacia arriba..... bueno o inventamos o erramos, como le gustaba decir al maestro Simón Rodríguez. Y aquí no estamos inventando sino copiando la experiencia de la Unión Europea y estamos viendo los problemas que trae y sus consecuencias.

Es necesario un fortalecimiento del proyecto desde el seno de la sociedad y ahí es donde los universitarios tenemos un papel importante. Fíjense ustedes, y más por su contacto con la enseñanza media, en cuantos lugares del país ha desaparecido la historia de América Latina como una asignatura en la que se entiende que hay que brindar información y en muchos casos se la da porque el docente a cargo tiene la inquietud y pone una semilla de un elemento que debería ser fomentado y celosamente cuidado.

D.T.: Usted mencionó que sus últimos estudios han sido sistematizados en un nuevo texto: “Tiempos de violencia”. Como anticipo y en relación con la construcción de hegemonía política en América Latina, ¿Cree que la posibilidad de sostener un orden está ligado a la violencia como modo de resolución de los conflictos políticos? ¿Por qué?

W.A.: El orden se mantiene a través de la violencia cualquiera sea

el tipo de orden, y más tarde o más temprano, es reemplazado por alguna forma de ejercicio de la violencia. Sea que ese orden se transforme revolucionariamente o se transforme conservadoramente. Y basta el ejemplo de las dictaduras institucionales que transformaron el orden para hacerlo más conservador y reaccionario todavía, apelando a la violencia brutal. Solo que desde los partidarios del orden, y esto desde los gobiernos para abajo no se habla de violencia, el Estado no realiza violencia; cuando el Estado recurre a la fuerza, se llama coacción. Se disfrazan los conceptos, las palabras porque la violencia está ligada a los que quieren cambiar el orden, los subversivos, los insurgentes, los anarquistas; mientras que las fuerzas del orden estatales, lo que hacen es aplicar la fuerza, la coacción, nunca la violencia. Y ese encubrimiento de las palabras no es casual ni gratuito. Y por otro lado, desde la clásica definición de Weber el Estado es el que monopoliza la violencia que se considera legítima.

M.C.: En esto de re significación de los sentido y retomando lo que hablábamos de América Latina Algunos de esos gobiernos son rápidamente caracterizados como populistas. Termino polisémico y que ha sido utilizado muchas veces como descalificatorio. En un intento de dar precisión conceptual ¿Es posible encuadrar como populistas a algunas de las experiencias políticas actuales en América Latina?

W.A.: A ver...el populismo fue en efecto una expresión despectiva, peyorativa, pero a diferencia de lo que estas planteando, en los últimos años ha sido revalorizado positivamente y en buena medida a partir de la prédica de Laclau. Cuya concepción política del populismo, casi

como intrínseca al modo de hacer política, me parece desafortunada y con una falta de historicidad indigna de alguien que tiene una formación sólida en Historia, como Laclau; pero el de hecho ha potenciado la condición populista como una condición valorable del modo de hacer política.

M.C.: Pero tal vez basada en la necesidad de la construcción del enemigo para sostener el modelo, cuando uno piensa en el modelo del concreto histórico del populismo hay más características que dan cuenta de su condición.

W.A.: Ahí está la madre del borrego. ¿Qué entendemos por populismo?...los historiadores llegaron a un momento en el que dijeron: una palabra que quiere decir tantas cosas al final no designa nada, abandonémosla. Yo creo que es una expresión que se debe rescatar convertirla en una categoría analítica que sirva para identificar un determinado momento histórico. No más que eso. ¿Si los populismos se pueden transformar o no? Depende de la definición que uno tome. Yo creo que fue una experiencia que vivieron algunos países latinoamericanos, específicamente Argentina, Brasil y México en un determinado momento histórico, una determina coyuntura, como respuesta a ciertas demandas internas y estímulos externos que se agotó cuando se agotó esa coyuntura y donde el núcleo duro es esa alianza de clases entre la burguesía industrial nacional con la clase obrera urbana; con el añadido mexicano de los campesinos. Después viene todo lo otro: racionalismo económico, proyecto de industrialización, redistribución positiva de los ingresos, líder carismático, etc.

Y ahí me parece que, en cambio puede ser mucho más útil, apelar a una distinción que es referirnos a formas populistas de hacer política. Un maestro de estas formas populistas de hacer política fue Hugo Chávez. Pero nadie podría decir que, en esta perspectiva, Chávez era líder de una experiencia populista porque está faltando el componente básico que es esa alianza de clases. En Argentina el último que intento retomar algunas de esas cuestiones fue Alfonsín en la primera parte de su presidencia cuando Grinspun era Ministro de Economía, pero ya ni el contexto nacional ni el internacional, daban para la repetición de una experiencia de esta naturaleza. Entonces, ahí hay una querrela fuerte, en este momento en efecto a partir de las posiciones de Laclau quienes defienden estos gobiernos que fueron caracterizados como populistas de modo descalificador por el presidente Bush y a partir de ahí más específicamente Chávez, Kirchner, Fernández después, Correa y Morales. Fue una movida inteligente en términos de propaganda política asumir ese rotulo descalificador y convertirlo en adjetivo calificativo favorable. Operación que en política es muy frecuente: convertir la descalificación en un elemento de identidad que afirma y define; ha pasado con los pueblos originarios que ahora se definen como indígenas por encima de cualquier otra caracterización, incluso Indios que fue siempre una expresión descalificadora. Ahora se ha convertido en un elemento de identidad positiva.

Para el lenguaje político puede que esté bien, ahora para el lenguaje de las Ciencias Sociales esa confusión es intolerable porque no contribuye en nada a explicar procesos de esta complicación. Y como hay

una gran crisis de paradigma, de categorías; que no se puede precisar todavía de mejor manera, aparecen estas expresiones vagas, ambiguas, difusas. Así ¿Por qué son populistas estos gobiernos? Porque todos han llevado adelante políticas redistributivas que además, en algunos casos, con un lenguaje medianamente antiimperialista. En algunos casos, más acentuados; en otros menos, pero con un fuerte exacerbación del contrincante.

D. T.: Yendo a la categoría de ciudadanía, pese a las re significaciones en el ámbito académico, en algunos espacios de enseñanza persiste una perspectiva que centra el estudio de la ciudadanía desde una dimensión jurídica/política (más relacionada al liberalismo decimonónico) ¿cuales serian las alternativas a esta interpretación y que proyecciones tendría para pensar la enseñanza en los actuales contextos?

W.A.: Yo nado contra la corriente. No comparto las posiciones que hablan de nuevas ciudadanía. Durante mucho tiempo, desde 1949 en adelante se hizo clásica la distinción trinitaria de Marshall de Ciudadanía civil, política y social. Yo mismo escribí más de una vez desde esa mirada hasta que conocí la argumentación de Luiggi Ferrajoli, un gran filosofo del derecho, padre del garantismo que dice que Marshall está equivocado porque lo que él llama derecho de ciudadanía civil y derecho de ciudadanía social son derechos fundamentales que los hombres y mujeres tenemos por nuestra mera condición de personas. Los únicos derechos de ciudadanía son los políticos, derecho a elegir y ser elegido, derecho a participar en la política y en la toma de decisiones políticas. Y a mí me parece que esta es una distinción mucho más ajustada que la clásica en la que nos hemos

movido y que, en las últimas dos décadas del siglo pasado, generó esta idea de que estaban apareciendo nuevas formas de ciudadanía vinculadas al género, a las discriminaciones, etc. Y yo creo que la postura de Ferrajoli al hacer énfasis en los derechos fundamentales cambia completamente la perspectiva y no solo la cambia, sino que pone a los derechos fundamentales en el alto rango de derechos humanos y en consecuencia derechos imprescriptibles, universales; más allá de los matices que puedan tener la adopción de tales derechos en las distintas culturas, ya que no en todas se perciben de la misma manera. No compartiendo la pretensión de universalidad, única y tan privativa de la cultura occidental.

Pero volviendo a la pregunta que si lo planteamos en estos términos entonces estas demandas que algunos llamaron de nuevas ciudadanía habría que plantearlas en términos de demandas de nuevos derechos fundamentales y de ampliación de los derechos fundamentales, que por otro lado deberían ir *pari passu* la idea de que los derechos de ciudadanía política deben ser reforzados fuertemente, pero no como derechos en abstracto sino como participación efectiva. Hoy hay una gran falacia y ayuda a entender el descredito, la crisis de representación; hay una ausencia de los ciudadanos en la toma de decisiones políticas al interior de las organizaciones políticas ¿Quién decide las candidaturas?

Ahí hay un gran aspecto negativo de las P.A.S.O. La gente va a votar, todos estamos convocados a votar porque son obligatorias para decidir candidatos sobre lo que no hemos tenido ninguna participación. En una estructura genuinamente democrática son los afiliados a un partido los que deciden internamente quiénes son sus candidatos, no las cúpulas. No

sé que pasará en el Frente para la Victoria y finalmente quien va a decidir quién va a ser el candidato a la presidencia. ¿Se va a dirimir en las P.A.S.O.? ¿Lo va a resolver el gran dedo?

Tomemos una experiencia como la de Brasil: alguien del talante de Lula. El decidió quien debía reemplazarlo, yo tengo mucha simpatía por Lula, por Dilma, por el proceso brasilero; pero digo, si yo creo en la Democracia esto no ayuda a profundizar la democracia, todo lo contrario a esta ausencia de renovación de las cúpulas. Las elecciones recientes en el Frente Amplio Uruguayo son un buen ejemplo, Tabaré Vázquez de nuevo candidato a presidente arrasa en la elección interna con el 80 por ciento. Este anquilosamiento de las dirigencias políticas es otro dato preocupante y el caso del Frente UNEN es eso. Uno mira y hay conocidos de larga data, los une el espanto, porque es imposible que puedan conciliar en una efectiva gestión de gobierno quienes tienen tantas diferencias de principios. Es más o menos lo que paso con la oposición a Chávez en Venezuela esa unión de casi 20 partidos. Menos mal que no llegaron a ser gobierno porque si lo eran Venezuela estallaba en mil pedazos y yo me temo que aquí podría ocurrir algo parecido.

D. T.: ¿Podríamos encontrar algunos indicios históricos para pensar en superar estas limitaciones?

W.A.: Hay que inventar, nosotros no tenemos tradición democrática y tenemos, en Argentina, culturas políticas mucho más ligadas hacia la lógica de la guerra que la lógica de la política. Hubo un solo momento en nuestra historia en la que parecía que la lógica de la política se iba a imponer sobre la lógica de la guerra que fue 1983-1987, los primeros

años del gobierno de Alfonsín, la salida de la Dictadura hasta Semana Santa. Semana Santa marcó el declive del radicalismo y de Alfonsín en particular, pero esa imagen en la plaza con toda la dirigencia política acompañando al presidente de la República nunca había ocurrido en el país; en un país donde la lógica de la política no había sido la dominante. Pero fue efímera la primavera alfonsinista.

M.C.: Volviendo a la pregunta sobre ciudadanía. En la última reforma curricular de escuela media en Córdoba se incorporó en sexto año un nuevo espacio denominado Ciudadanía y Política, que por las características del trabajo docente ha quedado a cargo de Profesores en Historia, los cuales en nuestra formación inicial no contamos con conocimientos específicos para desempeñarnos en esos espacios. Para usted ¿Cuáles serían esos núcleos fundamentales que deberían estar presentes en la formación del profesorado?

W.A.: y que estudien de nuevo (risas)...y ahí va a depender de que entendemos por ciudadanía, porque si aceptamos lo de Ferrajoli la cosa va en una dirección. Pero eso no es lo que está más en uso, sino que la idea trinitaria de Marshall es la dominante, a la que se pueden incorporar estos aditamentos de las llamadas nuevas ciudadanías, pero en general funciona sobre esa base. Lo sé porque conozco parte de la experiencia de la provincia de Santa Fe que tiene otra denominación, que también suele estar a cargo de profesores de historia, cuando no de algún que otro abogado. Ahí muchas veces depende de lo que cada quien entienda como contenido fundamental. Pero yo creo que está orientado sobre todo a pensar estas nuevas formas que han surgido como expresión de demandas de nuevos

derechos a partir del reconocimiento de ciertas minorías ya sean de género, de religión, de culturas, etc. Y eventualmente a hacerse cargo de lo que implica buscar la participación en la vida cotidiana a partir de ciertos valores y ahí creo que antes que pensar en la formación, habría que pensar *que formación* y con *qué contenidos*, porque sino se corre el riesgo de que efectivamente cada quien hable desde lo que sabe o alcanza a aprender o le parece y en muchos casos ,y eso es particularmente visible en las escuelas de medios rurales, de pueblos o ciudades muy pequeñas donde la cosa de la vida cotidiana pesa mucho.

Yo recorro mucho la zona sojera; anda a contarle a un hijo de chacarero, los que tienen una posición fenomenalmente contraria a la Asignación Universal por Hijo, a los derechos de la jubilación extendida, al blanqueo de las trabajadoras del servicio domestico; las cosas que dicen repugna a cualquiera que tenga sensibilidad por la condición y la dignidad humana. Hay que andar, hay que recorrer, no solo las escuelas también los pueblos. Las grandes ciudades tenemos una visión totalmente distorsionada. A mí me invitaron el año pasado a una charla de capacitadores en el Museo de la Memoria en la ex ESMA, un entusiasmo fenomenal, digo fantástico. Pero recorran el interior, vayan a los pueblos sojeros y vean lo que los pueblos piensan de los Derechos Humanos y de la persecución a los dictadores. Hay gente que reclama la vuelta de los militares porque había seguridad, no había delincuencia. Ahí la cuestión de la ciudadanía, cualquiera sea la aceptación que le demos, se vuelve fundamental. Porque la ciudadanía es reconocimiento de derechos. Después podemos discutir teóricamente, si está dividida o no, si son

derechos fundamentales es otra cosa. Pero implica el reconocimiento en primer lugar de la dignidad y la condición humana y eso implica valores en un mundo donde esos valores no priman; por el contrario hay exacerbación de violencias dadas por convicciones religiosas diferentes, etc. La violencia hoy es tanto simbólica como física o material. La violencia simbólica es un componente clave porque no se quiere admitir la violencia como un componente co-constitutivo de la vida en sociedad, es una de las cosas que surgen. En nuestra sociedad hay formas de ejercicio de violencia cotidiana que son preocupantes, pero que no son violencia política, que es el resultado de una decisión política, analizada y considerada como tal.

M.C.: En esto que hablábamos de la incorporación de la discusión sobre ciudadanía ¿De qué manera la hibridación, por darle un término que usted usa, potencia la comprensión y explicación de la complejidad social?

W.A.: Yo creo que debería ser la forma más adecuada de aproximarnos a una realidad compleja. Esta formación decimonónica que tenemos de compartimentar la sociedad en esferas social, política, cultural ha contribuido a que sepamos menos de lo que deberíamos saber y ha compartimentado el conocimiento en disciplinas que se han fortalecido autónomamente de un modo corporativo con fronteras celosamente vigiladas, de donde después viene el contrabando de ideas, de conceptos. Terminemos con las fronteras disciplinarias, así como queremos terminar con otras, terminemos con las disciplinarias. Yo no sé si será posible una Ciencia Social única, puede que sí...pero es difícil; pero también hay que imaginar que la forma en que nos hemos formado no es necesariamente la única, entonces es posible pensar para no errar. Pero yo creo que la única

forma efectivamente es incentivar estos abordajes que hibridan disciplinas porque permite ver la complejidad de las sociedades como son y no en compartimentos estancos que impiden tener una aprehensión de la totalidad de los procesos.

M.C.: Para finalizar: ¿Qué balance se puede realizar de este “barco a la deriva” que es la democracia en Argentina, en el contexto de América Latina, a 30 años de su recuperación?

W.A.: A la deriva herido en la línea de flotación. Yo creo que ha habido una consolidación en términos institucionales de prácticas institucionales, pero no ha habido un fortalecimiento de la democracia y ese fortalecimiento en algunos países de América Latina ha tenido logros importantes, menos de lo que prometía en algún momento, pensando básicamente en el caso de Bolivia, donde buena parte de la declaraciones contenidas en la Constitución, en la práctica no tienen realización. Hay nuevas e interesantes investigaciones en Venezuela sobre todo con esas prácticas en la cual la ciudadanía de pequeñas ciudades o pueblos han revocado mandatos por incumplimiento del mismo, por actos de corrupción; fenómeno que se conoce muy poco porque es obvio los medios a eso no le dan difusión. Pero específicamente para el caso argentino yo creo que hemos tenido una consolidación de prácticas institucionales, pero no necesariamente del contenido de la Democracia. En ese sentido, me parece que se ha ido licuando, el termino democracia es hoy tan débil o más débil de lo que era cuando comenzó a gestarse en 1984, a la caída de la dictadura y me parece que tiene que ver con que hay...

M.C.: Con la democracia entendida como la participación en

elecciones libres.

W.A.: Sí, y por qué es obligatorio. Porque si fuese optativo, no se si no tendríamos niveles de abstención similares a los de Colombia, en los que en las últimas elecciones el 60 por ciento de la población se abstuvo. Eso dice mucho y ahí ¿podemos hablar de una democracia consolidada? Si, si somos hipócritas. O que creemos que la democracia es eso. Pero si creemos que es mucho más que eso no nos permite ser muy optimistas a pesar de uno mismo.